

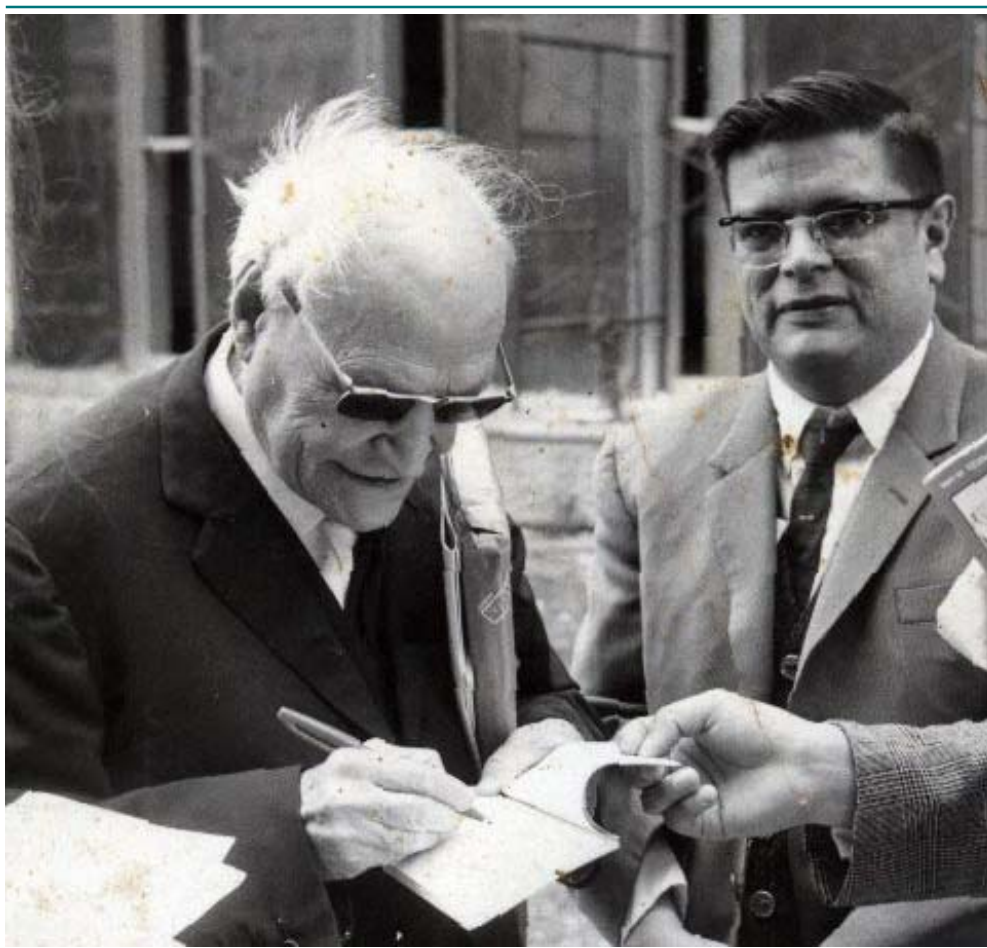
El tiempo era gris entonces, era Odría, entoldado de uniformes, viscoso del cinismo y de la mediocridad de la fauna que dominaba el país. Para nosotros, en la caverna, el mundo era una cuestión abierta, como una herida, todo el tiempo. Sorbíamos el vino alucinado de las palabras hasta la embriaguez, pero nadie entre nosotros inventaba, cada palabra era producida en un día exasperado de estudios, de lecturas, de ganar el pan. De vez en cuando, nuestra locura se desencadenaba jugando Monopolio y los choferes y pasajeros de los ómnibus, al fin de la madrugada, nos oían desconcertados hablar exaltados de los negocios millonarios que acabábamos de perder. Así puedo recordar por qué me hice miembro de esa tribu y por qué la casa de la Avenida Iquitos se convirtió en nuestra caverna particular. Washington nos acogía con sus ojos habitados por un animalito inquieto que jugaba todo el tiempo junto a una tranquila inteligencia. Ese animalito zumbón no descansaba nunca, de hecho era a veces lo más presente en la reconocida perspicacia de Washington Delgado, a veces filosamente, pero asociado siempre a la generosidad, a la lealtad, a la bondad. Por eso era tan agradable la amistad con él, porque el humor, la ironía, la perspicuidad y la diafanidad estaban juntas, todo el tiempo. Cuando viajé a España, no mucho después de recibir el Premio Nacional de Poesía, su primera carta contaba que Madrid era una ciudad hecha, mitad y mitad, de escaleras viejas y de aceite hediendo. Su siguiente carta fue para hacerme saber que no había encontrado nada muy atractivo en la atmósfera intelectual española, lo que hubiera sido más bien peculiar en pleno franquismo. Pero no dejó de anotar que había descubierto, en palabras que recuerdo, “un libro notable”: *Madre Coraje*, de Bertold Brecht.

En su casa de la Avenida Iquitos anduvimos, sobre todo, amigos que, además, éramos estudiantes en las universidades de San Marcos y la Católica. Las palabras y las

# TANTA MEMORIA PERMANECE\*

Aníbal Quijano

*No he logrado recordar cuándo, ni cómo, conocí a Washington Delgado. Mi memoria me lleva directamente a su casa de la Avenida Iquitos, donde mi pequeña tribu noctámbula recalaba hasta el amanecer, al amparo de la mamá de Washington que nos protegía del invierno limeño con humeantes tasas de chocolate en las madrugadas.*



Giuseppe Ungaretti, premio Nobel (Dr. Honoris Causa de San Marcos), y Washington Delgado, 1966.

imágenes nos eran familiares. Pero creo que sólo una reducida minoría se dedicaba o terminó dedicándose a la poesía, a la narración o a la crítica. Su casa de Lince, en cambio, estuvo poblada más bien de poetas y de escritores jóvenes, muchos de ellos sus estudiantes. Después de su muerte, algunos de ellos han testimoniado su amistad y su generosidad. Pocos, si alguno en verdad, sus deudas y sus huellas en la escritura poética posterior a la “generación del 50” (*what ever it means*), a la que Washington Delgado pertenecería. ¿No las tienen? ¿No las hay? <sup>1</sup>

Esas no me parecen interrogaciones banales, ni casuales. Su indagación lleva a leer la poética peruana de ese

tiempo, contra el telón de un cambio histórico. Apunta a un brusca ruptura social y cultural que, a mi juicio, tiene lugar en el Perú entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la mitad de los años 60 del siglo XX. La textura histórica del país fue alterada, de modo irregular y parcial es cierto, pero no menos profundo e intenso. La abrupta urbanización de la sociedad, atravesada de punta a punta por la re-identificación social y cultural de la población “india” como población “chola”, lo que ha sido denominado como *cholificación*, implicaba cambios en la estructura social, por la rápida formación de fracciones urbano-industriales en la fauna dominante, de

nuevas capas medias profesionales, tecnocráticas e intelectuales, la ampliación de la población asalariada, una masiva movilización del campesinado contra el poder de los gamonales. Las bases sociales del Estado comenzaban a modificarse rápidamente, aunque parcial y precariamente. Desde mediados de los 50, un proceso inicial de descolonización del poder, de democratización y de nacionalización de la sociedad y de su Estado, emergía de nuevo para desarrollar y culminar las luchas derrotadas entre 1925 y 1935. La heterogeneidad histórico-estructural de la sociedad y de su cultura se hizo más profunda, pero también más explícita <sup>2</sup>.

La expresión, las expresiones, de tal abrupto y tumultuoso proceso de cambios —que obviamente también producía nuevas relaciones intersubjetivas— en el imaginario y en la escritura poética del Perú fueron, pues, heterogéneas. Este no es el lugar, ni ésta la ocasión de discutirlos. Sugiero que las líneas del imaginario y de la escritura poéticas del Perú de ese momento, fueron dos ante todo: 1) La apropiación y redefinición del imaginario, esto es de las imágenes y sistemas de imágenes, y de la escritura de la poesía anglosajona; 2) La insistencia en la *coloquialidad* del lenguaje poético, como apropiación del imaginario, de las pulsiones y de las utopías que llegaban junto con las nuevas capas medias, con los movimientos de los trabajadores de la ciudad y del campo. De algún modo, ambas vertientes están presentes en la poética peruana de las generaciones posteriores a la del 50. No siempre juntas en todos los casos, pero casi siempre.

La primera da cuenta de la internacionalización o mundialización de la cultura, que entonces ya preludia la actual “globalización”, en el mismo espacio-tiempo del patrón de poder colonial-capitalista y bajo la misma hegemonía. La segunda, de cómo la nueva subjetividad social que se constituía con la urbanización y la cholidificación de la cultura peruana y por la emergencia de nuevos movimientos sociales que pugnaban por cambiar, revolucionar, el poder en un sentido democrático y

\* Verso final de un poema de Washington Delgado en *Formas de la ausencia*. Editorial Letras Peruanas, 1955. Lima, Perú, pg. 20.

<sup>1</sup> En ese mismo sentido va la pregunta de Abelardo Oquendo: “¿qué circunstancias han determinado que obras poéticas de la generación del 50 con menos perfección formal y un mundo menos rico que el de Delgado hayan tenido una mejor recepción en las generaciones posteriores y un impacto mayor en la suya propia?”. En “El país de Washington Delgado”. En *La República*, Lima, 11 de Setiembre del 2003.

<sup>2</sup> Ese proceso fue derrotado al borde de los años 80 y desde 1990 somos arrastrados en un proceso inverso, de recolonización del poder, de des-democratización y des-nacionalización de la sociedad, de re-privatización de su estado, de polarización social creciente y extrema de la población. Sospecho que, además del conformismo y del cinismo intelectual predominantes, hay ya también una poética de esta desesperada historia.



Washington Delgado y su hija Sonia.

nacional, pervadía y reconstituía el imaginario y el lenguaje poéticos.

Siempre fue notable, para mí, que Washington Delgado se mantuviera, entre los poetas de su tiempo, relativamente fuera de esas tendencias en la poesía de las generaciones siguientes, sin por eso dejar de pertenecer a su tiempo y de expresarlo, rigurosamente. Aunque Brecht, Eluard o Hikmet no le fueron desconocidos, su imaginario y su lenguaje, su escritura poética, se nutrieron desde sus orígenes con la antigua savia de la lengua castellana y se desarrollaron ahondando su indagación en esas raíces y explorando continuamente sus potencialidades<sup>3</sup>. De hecho, Washington Delgado partió de ellas, se sostuvo en ellas, para dar expresión al imaginario y al lenguaje que cargaban den-

samente los cambios en la materialidad y en la subjetividad de las relaciones sociales en el Perú y en el Mundo. Sospecho, incluso, que su poesía fue en eso y por eso, de ese modo, más profunda y lealmente, más genuinamente que otras, comprometida con las nuevas imágenes, necesidades y lenguas de los viejos sueños de igualdad social, de solidaridad social, de libertad individual y de diversidad cultural, cuya marea cubre ahora de nuevo el mundo. Su poesía nunca dejó ese compromiso, porque le era constitutivo. Alberto Escobar fue, sin duda, el que mejor y más claramente percibió ese lugar singular de la poética de Washington Delgado. Con *Para vivir mañana* —dejó dicho Escobar— “Washington Delgado trajo a nuestra poesía una alternativa eficiente, por

el nivel estético y la hondura del mensaje, para aquella tendencia que concilia el arte con un desasosiego por el destino del hombre.....”<sup>4</sup>

¿Fueron esas preferencias las que, quizá, alejaron (digo, es un decir) a los poetas de las generaciones siguientes de la poética de Washington Delgado, aunque no de la admiración por su obra y del reconocimiento a su generosidad, a su sabiduría, a su amistad?

Por mí sé decir que no he dejado, no dejaré, de habitar, junto con él, en el mismo destierro, la misma lejana patria ausente. ■

<sup>3</sup> Anibal Quijano: “La poesía, una praxis”. En *Haravi*, Año 1, No. 2, pp. 1 y 12. Lima, Enero de 1964.

<sup>4</sup> Alberto Escobar: *Antología de la poesía peruana*. Ediciones Nuevo Mundo, 1965. Lima, Perú, pp. 169.

## UN SABIO POETA DEL PERÚ

Alonso Ruiz Rosas

La muerte sorprendió a Washington Delgado con un certero, fulminante golpe. De algún modo, el poeta esperaba con estoica y melancólica resignación el paso de las parcas desde hacía años. Sin subterfugios ni aspavientos, con quevediana raíz y engastes de vals criollo, los bellos y dolorosos poemas de Artidoro así lo comunicaban. No es que el poeta estuviera especialmente enfermo o achacoso; estaba triste, tristísimo, porque a las viejas penas del vivir, del país y del mundo que más o menos todos vamos acumulando, se le habían sumado otras, muy hondas, a raíz de la muerte prematura de un hijo y del fallecimiento de su esposa.

Pero junto a este cuadro de tristeza total, el poeta tenía cierta salud y entusiasmo, no obstante la desolación de sus versos admirables. Seguía, además, en plena actividad, esforzándose con mayores energías de las que corresponden a un ilustre maestro jubilado, si tantas jubilaciones no fueran tan mezquinas en estas latitudes.

Washington tenía plena conciencia y agudo sentimiento de agonía y de desvanecimiento inexorable pero estaba tenazmente anclado en la vida. El suyo era un estoicismo no por desengañado menos vital y en cierto modo celebratorio. Le tentaba el mundo, le gustaba comer y beber bien, con calidad y gracia. Alguna vez, en Arequipa, hace unos veinte años, mis padres lo invitaron a almorzar y estuve a cargo de las ollas. Como era viernes santo y es uno de los mejores platos que pueden ofrecerse, se impuso el chupe de camarones. Sentados en la mesa, Washington dijo que lamentaba mucho no poder dar rienda suelta a su apetito porque era alérgico al camarón. Varios años después, en parecidas circunstancias, su esposa y él volvieron con la buena nueva de la desaparición de su alergia. Pudo entonces darse gustoso a devorar al insigne crustáceo en variedad de preparados.

El poeta era un conversador ameno, culto, fino. No apabullaba, discurría con amabilidad y elegancia. Como maestro era, por lo mismo, ejemplar. En San Marcos, en medio del estropicio y la necedad dogmática, Washington disertaba con claridad y hondura sobre, digamos, Lope de Vega, arrellenado en su pupitre y sin perder tampoco el humor. Al oírlo, re-

sultaba inevitable pensar en los maestros que formaron a su generación y que para entonces sólo eran sombras ilustres. Pero no tenía la voluntad de hacer la obra enciclopédica de quienes lo antecedieron. Lo ganaba cierta apatía de poeta y prefería las incursiones críticas más bien de corto aliento. Era, además, presentador de las obras de sus amigos y prologista generoso de jóvenes ansiosos por formar parte de la sociedad de los poetas muertos. Como buen poeta, Washington tenía impecable prosa. Escribió también relatos y fue, como lo atestiguan las páginas de *El Caballo Rojo* y otras publicaciones, magnífico articulista de quien hubiéramos querido sus lectores tener muchas más líneas.

Entre el aula, el café y la sala—biblioteca de su casa había siempre armoniosa continuidad. Se advertía en medio de sus libros un retrato del Inca Garcilaso de la Vega, su célebre paisano favorito. Washington era limeño desde la infancia pero conservaba la bien dicha y las buenas maneras de los cusqueños ilustrados. No tenía las taras de la capital ni de la provincia. Era amable y lúcido, y aunque resultaba el personaje ideal para convocar afectos, recibió un par de veces inesperados agujijones más bien dignos de olvido.

Es cierto: la poesía de Washington Delgado es una de las más limpias, dolientes y valiosas, en medio de la notable poesía peruana de la llamada generación del cincuenta, que a su vez se halla en medio de la no menos notable poesía peruana de la centuria que acaba de pasar. No parece descabellado sostener que la poesía ha tenido en el Perú del siglo XX un *siglo de oro*, para seguir con la imagen aurífera de los primeros tiempos del saqueo de Indias. El celebrado oro del Perú, que no se menoscaba ni corrompe, como decía el maestro Porras, de quien tanto aprendieron Delgado y otras figuras memorables de nuestra cultura.

En la obra de Washington Delgado hay poemas magníficos que el tiempo no podrá fatigar. Basta volver los ojos a su *Reunión elegida*, hecha con claro juicio por él mismo, para certificarlo. Los poemas del ciclo de Artidoro también han de formar parte del catálogo de nuestros clásicos. Quien los lea y relea, cada vez los encontrará más cercanos y auténticos. ■